

1

Irak, ayer y hoy



Irak: tal como era y a comenzar de nuevo

Ignacio Rupérez

Parece como si con la invasión, la guerra y la ocupación de Irak que duran desde el 19 de marzo de 2003 el país hubiera vuelto a los años en que aún no lo era, por ejemplo a 1917, con la conquista de Bagdad por las tropas británicas del general Maude. Entonces, como con los soldados estadounidenses del general Franks, se anunció a la población que los extranjeros habían llegado como libertadores y no como conquistadores. Francamente, más valdría que a los iraquíes dejaran de liberarles esos batallones que a partir de la presunta victoria se han encontrado una y otra vez al principio de otra guerra real; con un país insumiso y embrutecido, de guerrilleros, delincuentes y terroristas, apenas calificados de patriotas, que ha hecho coincidir la insurrección con la violencia doméstica de unos contra otros, entre sunitas, chiítas, kurdos y asirios, en un paroxismo de agresividad multiuso donde una idea nacional que nunca fue muy consistente tarda en configurarse o se desmenuza en miles de fragmentos que corresponden a otros tantos intereses y sentimientos locales, tribales, religiosos y étnicos. En líneas generales tal era el panorama que el país que aún no se denominaba Irak presentaba con la ocupación británica, pero también el que nos ofrece décadas más tarde, hoy, el país que sí se llama Irak, ocupado de nuevo.

No existía Irak al término de la I Guerra Mundial, se creó con la derrota del Imperio Otomano, en la Conferencia de Paz de Versalles, con su Tratado de Versalles y la familia de tratados; Trianon, Saint Germain, Neuilly y Sevres. Por éste último Francia y Gran Bretaña se repartieron los territorios otomanos de Oriente Medio; para Francia lo que hoy es Siria y Líbano, y para Gran Bretaña lo que hoy es Palestina-Israel, Jordania e Irak. Todo ello bajo la forma jurídica de mandatos de la

Sociedad de Naciones, pero en realidad muy determinado políticamente por el previo plan de distribución entre las dos naciones de 1916, el Tratado secreto llamado Sykes-Picot, así como por la llamada Declaración Balfour de 1917 que años más tarde conduciría a la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel. No aceptado el Tratado de Sevres por la República Turca en 1923 fue sustancialmente reconducido mediante el Tratado de Lausana, para establecer las fronteras de Turquía. En lo que se refiere a Irak este tratado prescindió de cualquier referencia a un Kurdistán independiente, que figuraba en el Tratado de Sevres, y consagró la agregación de la provincia otomana de Mosul a ese nuevo país que contaría además con las provincias otomanas de Bagdad y Basora.

O sea que el nuevo país se constituyó por la agrupación de tres provincias y la agregación de sunitas, chiítas y kurdos, así como otras minorías como los asirios y los turcomanos, en una nación común, en una época en que los países y las fronteras de Oriente Medio se fabricaban en Europa. De nada sirvieron las objeciones que arabistas y geógrafos opusieron a la formación artificial de un conjunto que, según afirmaba la propia Gertrud Bell, apasionada de Irak, “nunca ha sido una nación desde los tiempos de Mesopotamia”. Desde entonces Irak ni ha contado con un sólido proyecto nacional, ni ha dispuesto para realizarlo de líderes capaces y, lo que es más grave, cuando ha habido momentos en que el país despegaba y parecía adquirir cohesión nacional, han surgido fuerzas poderosísimas para destruir el proceso. En realidad las tres provincias otomanas que hoy llamamos Irak fueron un territorio marginal en el Imperio Otomano, incluso en el Imperio Romano y Bizancio, una vez desaparecidas Babilonia

y Nínive, alejado de los centros de decisión y de influencia, culturalmente desaparecido con la excepción de Bagdad, sin destacadas fuentes de riqueza y, con la excepción de Basora, fuera de las grandes líneas comerciales. La paradoja de Mesopotamia, a diferencia de Egipto, es que el esplendor de su pasado ha carecido de continuidad y no se ha trasladado a los tiempos modernos en el mismo país, tampoco se ha prolongado configurando la integridad nacional de su territorio o se ha destacado por su atracción estratégica.

Toda esa postración hasta que se descubrieron en la zona de Kirkuk importantes yacimientos petrolíferos, luego descubiertos también en el sur del país, que hacen de Irak la nación con las reservas estimadas que van en segundo lugar de importancia después de las de Arabia Saudí. A partir de entonces, para bien y para mal, Irak ha perdido la marginalidad pasada, se superpone a un mar de antigüedad pero también de agua y de petróleo, teóricamente al menos es el país más rico de Oriente Medio por disponer de esos tres elementos, siendo el agua tan preciada como el petróleo en otros países de la región que dramáticamente escasean de ella. El petróleo explicaría en buena parte, como lo explica en Irán, el profundo interés suscitado en británicos y estadounidenses ya antes del término de la I Guerra Mundial, la conflictiva dinámica de la evolución política y social del país y, en fin, las agudas tensiones de carácter nacional e internacional que ha experimentado desde su independencia hasta hoy. Los británicos en 1921 colocaron como en Transjordania, hoy Jordania, a un miembro de la familia hachemita, el Rey Faisal I, hermano del monarca transjordano Abdullah, bajo la forma de la monarquía constitucional. En 1932 el país accedió a la independencia y fue admitido en la Sociedad de Naciones como nación soberana. La influencia política y la presencia militar de los británicos se mantuvieron en diversos niveles hasta los años 50 del pasado siglo.

Mandato internacional, tratado bilateral

Si la Sociedad de Naciones otorgó un mandato sobre Irak a Gran Bretaña, en 2003 las Naciones Unidas hicieron lo propio con los Estados Unidos y sus aliados legalizando la ocupación del país, por la Resolución 1483 de mayo de 2003. En uno y otro caso ambas potencias han intentado que sus mandatos internacionales respectivos en Irak al expirar sean de alguna manera completados por tratados de carácter bilateral, en los que se encuadre jurídica y políticamente su permanencia en el territorio. El Tratado que se firmó entre británicos e iraquíes en 1930, con 25 años de duración, estableció una alianza estricta de los dos países en el ámbito diplomático y militar, con el derecho para los británicos a utilizar entre otras bases militares menores las de Habaniyah y Shaiba, cerca de Bagdad y Basora respectivamente, así como de mover tropas dentro del territorio nacional. En 1931 la explotación del petróleo iraquí quedó en manos de un consorcio de compañías occidentales, por la firma de un acuerdo con la *Iraq Petroleum Company*. Se le garantizaba la explotación exclusiva de los pozos de los campos petrolíferos de la provincia de Mosul, a cambio de una renta anual de 400 mil libras esterlinas administrada por la Familia Real. En 1934 la compañía británica inauguró un oleoducto entre Mosul y Trípoli, Líbano, y dos años más tarde se abrió otro segundo oleoducto hasta Haifa, hoy Israel.

Parece innecesario detallar la serie que se alarga por dos décadas tras la independencia, de insurrecciones, golpes de Estado y de revueltas de kurdos, asirios y chiítas, en lo que constituye todo un proceso de construcción y reconstrucción del país, de alguna manera permanente y reiniciado. En todos los sectores del Gobierno y la Administración la influencia británica fue muy poderosa, siendo todavía visible en el Irak de hoy por la urbanización de las ciudades, la generalización en el uso de la lengua inglesa, los uniformes y el entrenamiento del Ejército iraquí hasta 2003. Y, lo que es muy destacado, en la formación de una elite académica y profesional, muy vinculada al modo de vida y al modelo educativo de los británicos. A Gran Bretaña Irak debe aportacio-

nes políticas y culturales de gran valor aunque ciertamente estuvieran descompensadas por la presión colonial de su mandato, su hegemonía económica y militar en un país todavía en formación. Se trataba de elites llamémoslas colaboracionistas, situadas en la cúpula social, pero flanqueadas por otras elites de influencia en expansión en la universidad, los sindicatos y los sectores nacionalistas, resentidas de manera paulatina por las limitaciones de la independencia nacional. Resentimiento que llegó a adquirir sus rasgos más ásperos en movimientos contra Bagdad y contra los británicos, de asirios y kurdos, y de manera muy especial en la gran revuelta de las tribus chiítas de 1920 en el sur del país. La aviación británica las redujo con bombas químicas.

Dada la fragmentación del país y la debilidad del sentimiento nacional, con voluntad o sin tenerla en Irak forzosamente se gobierna para unos en perjuicio de otros. Otomanos y británicos se apoyaron en una elite militar sunita, ocasionalmente en los asirios, para mantener el orden y reducir a chiítas y kurdos. Saddam Hussein contó esencialmente con los sunitas para gobernar pero también para arremeter contra chiítas y kurdos. Del mismo modo los Estados Unidos, y con cierta ingenuidad llena de buenas intenciones, han favorecido a los chiítas por ser la mayoría, pero al hacerlo han creado notorio resentimiento en los sunitas como tradicional elite del poder. La enemistad de kurdos y chiítas respecto a los sunitas ha provocado además, que la actual Constitución iraquí sea sustancialmente el resultado de un pacto entre ellos. Su coordinación en esta cuestión, en la del reparto de las rentas petrolíferas y la configuración territorial, ha llegado a ser tan determinante que por parte de los Estados Unidos se viene intentado lograr el reequilibrio de posiciones, a base de restituir el poder y la influencia a los sunitas, para que vuelvan a la política y dejen de alimentar a sectores de la insurgencia. En cualquier caso la debilidad o el colapso del poder central siempre en Irak ha ido acompañada de un renacimiento del poder y la influencia de las tribus. Con una permanencia y fortaleza muy destacadas en comparación con otras sociedades árabes, Bagdad se ha visto usualmente obligado a pactar con las tribus, incluso idealizadas como salvadoras del país en momentos de zozobra.

Incluso se encontró forzado a hacerlo Saddam Hussein, repitiéndose en la década final de su gobierno a finales del siglo XX el fenómeno de la tribalización de la vida iraquí. Es en las tribus como en los sectores oprimidos de los kurdos y los chiítas hasta 2003, donde en Irak siempre se colocan buena parte de los resortes de la revuelta.

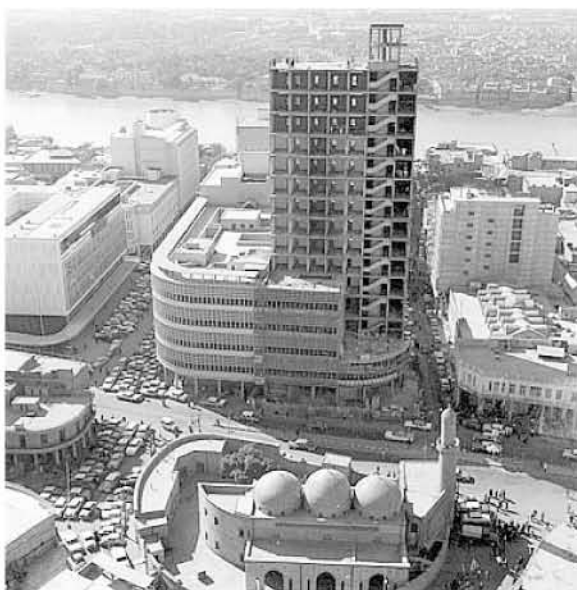
Hubo otros resortes en medios urbanos, activados por los aires panarabistas de libertad y descolonización, por todo ese despertar árabe que se manifiesta con creciente intensidad y vigor desde el término de la I Guerra Mundial. Su presencia se hace manifiesta en medios políticos y universitarios durante la II Guerra Mundial y a través de los episodios de crispación y desestabilización que en prácticamente todos los países árabes provocan a partir de 1948 las guerras y las derrotas por la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel. Si Irak se ve en el cruce de influencias de británicos y alemanes durante la II Guerra Mundial, tampoco se ve ajeno a las tensiones de la Guerra Fría. El Gobierno de Faisal II y de su Primer Ministro Nuri Said en 1956 promovió la adhesión de Irak al CENTO (*Central Treaty Organization*), llamado Pacto de Bagdad, junto a Turquía, Irán y Pakistán, con Gran Bretaña y los Estados Unidos, una especie de OTAN para contrarrestar la política de Nasser y de la Unión Soviética en Oriente Medio y Asia Menor.

Reyes, regentes y generales

En 1933 falleció el Rey Faisal I, le sucedió su hijo Ghazi, que murió en 1939. Le sucedió su hijo Faisal II, de tan sólo tres años de edad, asistido como regente por el mariscal Abdul Al Illah, sustituido por



El rey Faissal II, hacia 1957.
Dudok Archives, Nederlands
Architectuurinstituut, Rotterdam.



Latif el Ani. Mezquita Merjan y centro de negocios, Bagdad, 1959.

© Arab Image Foundation, Beirut

el general Fawwaz Al Hashimy en 1941. El mariscal volvería a ser nombrado regente por presiones de los británicos para impedir movimientos políticos a favor de los alemanes durante la II Guerra Mundial, o cualquier golpe de Estado para instaurar un gobierno contrario a los aliados. Los británicos durante la II Guerra Mundial efectivamente hicieron del país una especie de retaguardia estratégica, evitando por todos los medios que cayera en la esfera de influencia de las potencias del Eje. Por eso en 1941, con ocasión del golpe de Estado pro alemán del general Rashid Ali Al Gailani tropas británicas invadieron de nuevo Irak, derrocaron al general y repusieron al mariscal regente Abdul Al Illah hasta la mayoría de edad del Rey Faisal II. Fue asesinado junto con varios miembros de la Familia Real y de su séquito en el golpe de Estado del general Abdel Karim Kassem y sus Oficiales Libres, que en Julio de 1958 proclamaron la República de Irak, con una nueva Constitución. También fue asesinado el muy influyente Primer Ministro Nuri Said.

El régimen del general Kassem, nacionalista, socialista y panárabe, en aparente buena sintonía con el régimen de Nasser, inauguró una época de crueldad política de la que el mismo general y sus amigos

serían víctimas, por la que se hace imprescindible la eliminación del adversario y nunca se ahorra la venganza. No ha desaparecido en la vida iraquí. Fue eliminada a tiros la Familia Real en el Palacio Real de Ribab y Nuri Said linchado. Como si no fuera bastante con su asesinato, los restos del ex Primer Ministro se extrajeron de la sepultura para ser arrastrados atados a un vehículo por las calles de Bagdad. Sin llegarse a tales extremos, muy malas resonancias levantaron los métodos de sadismo y ensañamiento que propiciaba Saddam Hussein contra sus adversarios, como los que también se percibieron en su ejecución, seguida de irreprimible alegría en los verdugos, las familias y los amigos de sus víctimas. Con el general Kassem se hizo la reforma agraria y se empezó a desarrollar un sistema moderno para la enseñanza y la sanidad, se denunció el Pacto de Bagdad y el Tratado con Gran Bretaña, alineándose el país con la Unión Soviética. Pero durante los cinco años de su gobierno apenas se pudo estabilizar el país, no faltaron revueltas sectarias y pronunciamientos militares, tampoco se alcanzaron buenas relaciones con Nasser, en rivalidad con el general Kassem por el liderazgo del mundo árabe. En ese contexto de desorden e inquietud es donde el Partido Baas empezó a cobrar protagonismo. Precisamente la primera noticia pública de Saddam Hussein se refiere a su participación en un atentado contra el general Kassem en 1959. En 1963 el Partido Baas tomó el poder tras un nuevo golpe militar. El general Kassem y varios colaboradores fueron a su vez asesinados.

Quiere esto decir que el Partido Baas ya es un elemento muy activo en las luchas por el poder desencadenadas con el derrocamiento de la Monarquía entre nacionalistas, comunistas, panárabes y nasseristas con señales y apoyos que llegan desde El Cairo, participando en los sucesivos golpes de Estado hasta dar el último y definitivo, acabando así con sus rivales políticos. En febrero de 1963 el Partido Baas tomó el poder con el general Ahmed Hassan Al Bakr como Presidente, tío de Saddam Hussein y como él oriundo de Tikrit, y el coronel Abdel Salam Aref, amigo y traidor del general Kassem, como Primer Ministro. Nueve meses después el coronel Aref dio otro golpe de Estado para derrocar al Partido Baas e introducir un régi-

men nasserista. Muerto en 1966 fue reemplazado por su hermano, el también general Abdel Rahman Mohammed Aref. El 17 de julio de 1968 baasistas y militares dieron al fin el golpe definitivo. Ahmed Hassan Al Bakr reaparece como Presidente de la República y del Consejo de Mando de la Revolución, abriendo de par en par las puertas a su sobrino, dedicado desde muy joven al paulatino apoderamiento y captación del Gobierno, del Partido y los servicios de seguridad e inteligencia, con voluntad manifiesta e implacable de hacerse con todos los resortes del poder.

Fue nombrado Vicepresidente de la República y del Consejo de Mando de la Revolución. Diez años después, en julio de 1979, al parecer por motivos de salud pero quizás forzado por su poderosísimo sobrino, el Presidente Al Bakr dimite y es sustituido por Saddam Hussein. En realidad fue sólo una formalidad porque desde años antes Saddam Hussein se había convertido en el hombre fuerte del Régimen. Persona de muy bajo nivel cultural y social, pero de gran inteligencia y dureza, despiadado con sus enemigos, en los casi cuarenta años en que figuró como la personalidad más destacada de Irak, creó el país que conocíamos y luego lo destruyó. Con él el Partido Baas se convirtió en una asociación de malhechores para la concesión de favores mutuos entre familiares, paisanos y amigos, que de manera sucesiva se fue cerrando en un círculo de poder impenetrable, despótico y sectario. Son innumerables las historias de crueldad y ensañamiento contra todo aquel que sospechara podría hacerle sombra, y terribles las acciones desencadenadas contra las colectividades chiítas y kurdas, que se completan con historias similares a cargo de sus hijos Qusay y Uday, de éste en especial. Con su guardia pretoriana y sus servicios de seguridad e inteligencia, Saddam Hussein desarrolló un abrumador culto a su personalidad, compartiendo el poder con quienes le ayudaron a alcanzarlo, matones y pistoleros como él, gentes dedicadas en su mayoría a la violencia callejera y los pequeños oficios, con un mal estilo que Saddam Hussein promovió, compartió y desarrolló hasta su muerte con terquedad y arrogancia. Inspirado siempre por Stalin a Saddam Hussein se le consideró el Stalin de Oriente Medio.

Una herencia derrochada

Sin embargo en los años de Saddam Hussein, de 1969 a 1979 en especial, confluye una serie de corrientes reformistas y renovadoras que pasando por el Rey Faisal II y el general Kassem, con las aportaciones conservadas de los británicos, se encaminan a la modernización y el desarrollo del país. En todos estos años y con la ayuda de las sustanciales rentas petrolíferas Irak continúa con la reforma agraria y acaba por disponer del mejor sistema sanitario y educativo de todo Oriente Medio, mejora las condiciones de vida en las ciudades, promueve la alfabetización de la población y una sustancial emancipación de la mujer, todo ello en un ambiente que aun siendo opresivo políticamente promovía la secularización y una cierta libertad creadora. El resultado es el desarrollo de unas clases medias y un cierto auge de actividad, progresivamente cercenado, en los medios de comunicación, los sindicatos y los partidos, así como en los círculos de literatos y artistas. De manera implacable recortado ese ambiente de libertad a medida que el régimen de Saddam Hussein se embarra en la represión y las aventuras exteriores, sin embargo la ebullición vivida ha dejado en Irak un poderoso fermento de creatividad y de discusión que nunca ha llegado por completo a desaparecer y que se muestra de alguna manera a partir de 2003. En esos años, en resumen, Irak se beneficia de un evidente desarrollo social y económico, sin parangón en la región, que no se corresponde sino más bien al revés, con el desarrollo político que un sátrapa como el “Stalin árabe” impide, corrompiendo el ejercicio del poder y arruinando a su país al enredarle en dos fatídicas guerras.

La ruina del país, la descomposición del Régimen y la locura de Saddam Hussein se van alimentando en la larga guerra contra Irán (1980-1988), la invasión y ocupación de Kuwait en el verano de 1990 y la guerra contra la Coalición Internacional en el año siguiente. Todos estos conflictos innecesarios a los que arrastra al país se explican ciertamente por la personalidad del líder y su férreo control de los resortes del poder y la violencia, pero también responden a su sustancial ignorancia de la política y las relaciones internacionales. Calificado como el

“idiota estratégico” calculó que contra Irán libraría una guerra relámpago, convertida en una guerra interminable de desgaste y exterminio, probablemente con un millón de muertos. Y la agresión a Kuwait genera en su contra la formación de la coalición internacional más extensa y poderosa nunca lograda en la historia, con participación árabe y occidental. Apoyado por árabes y occidentales, temerosos todos de la amenaza de la revolución en Irán, durante ocho años de guerra estos aliados ocasionales contribuyen a perfeccionar a Saddam Hussein como el monstruo que más tarde sus mismos amigos se verán forzados a destruir. Defensor del mundo frente a Khomeiny, mamporrero de todos los intereses ajenos, ávido consumidor de armas y explosivos, vengan de donde vengan, Saddam Hussein al batirse con Irán hace el trabajo sucio sin saberlo, se arma hasta los dientes y se cree autorizado por la comunidad internacional que tanto le había consentido, a cometer con total impunidad todas las atrocidades que pueda apeteecer.

Este es el Saddam Hussein que cultiva el desarrollo de las armas de destrucción masiva, que con ellas persigue de manera implacable a kurdos y chiítas y amenaza al mundo, el que sin imaginar otra cosa piensa que se le permitirá apoderarse de Kuwait. El instrumento de los enemigos de la Revolución iraní y el cliente compulsivo al que se le entregan con rara unanimidad, en lo que finalmente es un magnífico negocio universal, todas las armas permitidas y prohibidas que algún día pueden volverse contra los proveedores. El consentimiento universal del que creyó gozar se acabó bruscamente con la derrota de 1991, seguida de una década de duras sanciones internacionales, de las que empezaba el país a recuperarse al comenzar el siglo XXI. Con los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos y la intervención en Afganistán, se interrumpió cualquier perspectiva de normalización y aceptación internacional de un país muy quebrantado, presidido por un régimen de muy quimérica evolución, acreedor de toda la desconfianza y la antipatía en la región y en el mundo. No obstante el remedio parece haber sido peor que la enfermedad, sin que la invasión y la guerra que comienzan en marzo de 2003 por lo menos a la altura de 2008 hayan abierto con

claridad las puertas de la paz y la prosperidad de Irak; no digamos en cuanto a las posibilidades de realización de esas fantasías sobre la creación de un nuevo Oriente Medio, o en cuanto al estupor por la imposible eliminación de esas armas de destrucción masiva, que ya fueron destruidas y abandonadas en un país empobrecido y con un Régimen agotado.

Ni el pueblo iraquí se merece tantos años de padecimiento, ni la invasión ha contribuido a remediarlos, incluso los ha intensificado. Con una guerra que ni mucho menos concluyó con la conquista de Bagdad, abril de 2003, ni con la ejecución de Saddam Hussein en diciembre de 2006, la guerra se alarga con otras formas y en diversas fases, en respuesta a los diversos conflictos que se acumulan en Irak desde tiempo inmemorial; insurrección, sectarismo religioso y étnico, tensiones territoriales, terrorismo y criminalidad. La alternancia de todos ellos, como si actuaran en vasos comunicantes y fueran variables conectadas en su intensidad recíproca, explica la fisonomía de una guerra muy cara para los iraquíes y muy cara también para las tropas de ocupación. Esos conflictos, que no son nuevos pero que han adquirido una intensidad inusitada, corresponden a su vez con las piezas del rompecabezas nacional que en las primeras décadas del siglo XX trataron de ponerse juntas y que podrían haber seguido juntas de manera más o menos aceptable. Pero casi un siglo después algún actor insensato ha dado una patada a la mesa y desordenado el juego, sin que la arrogancia y la ignorancia del que ha cometido tal desaguisado le hagan muy capaz de corregirlo, siquiera de hacer autocrítica. En cualquier caso, también casi un siglo después los iraquíes se ven obligados a comenzar de nuevo y refundar la nación.

Embajador de España en Bagdad (2005-2008)
Bagdad, febrero de 2008